

# FORMULA ALGUNAS DECLARACIONES EL MAESTRO LASKER

Explica las causas por las  
que no intervendrá en el  
torneo de Nueva York

## ANTECEDENTES DEL CASO

Por EMMANUEL LASKER  
(Para LA NACION)

BERLIN, diciembre de 1924.

Muchas personas me han solicitado una explicación de por qué mi nombre no figura entre los participantes en el torneo de ajedrez que en marzo de 1927 debe tener lugar en Nueva York. No me resulta difícil adivinar los motivos que gularon al Comité encargado de distribuir las invitaciones, que, en su composición esencial, es el mismo que ha organizado el torneo de 1924, también en Nueva York. Considero bueno y útil hacer saber al público la naturaleza de mis relaciones con dicho Comité: por una parte, porque éste se muestra predispuesto en favor de Capablanca, y en segundo lugar, porque parece existir el peligro de que la leyenda, siempre en acecho cuando se trata de falsear la verdad, también en este caso pudiera apoderarse de la materia, una vez que la atención pública ha sido requerida.

En 1923 y a comienzos de 1924 vivía yo en Holanda. Alemania sufría entonces las consecuencias de la inflación que había destruido también mi fortuna. La única forma de mitigar la miseria de la época consistía en la producción material, de la cual yo nada entendía. En Holanda fui acogido con la más franca hospitalidad, y amigos míos me habían conseguido una ocupación independientemente del ajedrez. Me alcanzó entonces una carta en la cual se me invitaba, por intermedio del Sr. Kagan, a un torneo que se disputaría en Nueva York.

La invitación estaba calculada para herirme en mi amor propio y para desacreditarme. En ella fui notificado de que, para el caso de una negativa mía, se había designado ya mi representante, Dr. Tarrasch. A renglón seguido se me pidió una respuesta categórica — afirmativa o negativa—dentro del plazo de 24 horas.

Esta descortesía del Comité obedecía evidentemente al propósito de darme a entender que aquél no deseaba entrar en negociaciones conmigo. Desde el año 1914 el mundo del ajedrez sabía muy bien que yo, para participar en algún torneo, exigía un honorario, puesto que mi participación contribuía indudablemente a aumentar el interés despertado por el encuentro y, por ende, el importe de las suscripciones y de las entradas. Pues bien, mediante la im-

posición de un plazo de 24 horas para contestar se me quitaba la posibilidad de reclamar ese honorario que justamente me correspondía. Saltaba, además, a la vista que aquellos que me habían hecho llegar la invitación por intermedio del Sr. Kagan—y que personalmente se mantuvieron en el incógnito—contaban de antemano con una negativa mía. Hubo, sin embargo, dos motivos que me indujeron a aceptar la invitación.

Desde el torneo de Londres, de 1922, pude observar que en el mundo del ajedrez dominaba un espíritu de intriga. Yo no había sido invitado a ir a Londres, y el torneo transcurrió sin mayor interés, ya que no se había presentado ningún adversario digno de Capablanca. De ello se había quejado el público inglés, pero en ningún diario británico encontré una mención siquiera de mi nombre, por más que no cabía duda de que sólo mi participación hubiese prestado al torneo el interés de que carecía. El diario británico "Somebody", obligado a citar una observación mía, se salvó diciendo que "alguien" había manifestado, etcétera.

Fui invitado luego al torneo subsiguiente de Hastings, para el cual había pedido el modesto honorario de 100 libras esterlinas, que me fué denegado, ofreciéndoseme, por intermedio del Sr. Kagan, una suma más reducida. Rechacé el ofrecimiento, y el doctor Tarrasch jugó en mi reemplazo. Fui atacado entonces groseramente por Capablanca, en un artículo de cinco páginas publicado por "The British Chess Magazine". Envié al magazine una réplica, en la cual desenmascaré a muchas de las afirmaciones hechas por Capablanca, con pruebas documentadas, como falsedades. La publicación de mi réplica fué rechazada por la dirección de "The British Chess Magazine", bajo el pretexto de que el magazine no podía inmiscuirse en una controversia pendiente entre Capablanca y yo. ¿No sabía la dirección de la revista que con la publicación del artículo de Capablanca, con todas sus falsas acusaciones, se había declarado parte ya en el conflicto? Dados estos antecedentes, juntamente con la forma en que me fué hecha la invitación al torneo en Nueva York, necesariamente tuve que llegar a la conclusión de que en la sombra obraba alguna influencia empeñada en intrigar contra mí, cuyo origen había que buscarlo del lado de Capablanca o de sus amigos.

Ese espíritu de intriga se había ensañado no solamente conmigo. Fui su primera víctima pero no la última. También Boguljubow estaba a punto de verse enredado en sus mallas, lo mismo que Rubinstein, que siempre se había mantenido victoriosamente frente a Capablanca. Creo que sólo mi intervención pública podrá contrarrestar la acción de esos elementos adversarios. Sin embargo, no es éste el motivo principal que me induce a obrar. No es mi costumbre llevar ante el público conflictos que sólo a mí me afectan. Además, tengo una fe muy firme en la justicia inmanente de las cosas. Todos amamos el suelo en que hemos nacido; amamos la lengua madre que nos proporciona el contacto con la cultura humana. En algún rincón de mi alma conservo el aromático perfume de la selva alemana y el amor a mi idioma. En el torneo de Londres, de 1922, el ajedrez alemán no se hallaba representado; en Hastings y en otros torneos menores lo estaba por el doctor Tarrasch. En Máhrisch-Ostrau me había convencido de poder triunfar sobre los jóvenes maestros del ajedrez en una forma mejor de lo que lo había logrado el Dr. Tarrasch hasta enton-



res. El ajedrez alemán me llamó, pues, a Nueva York.

Llegado a Nueva York fui saludado por los aplausos de un público de muchos centenares de personas, congregado en reunión pública. En la misma reunión el presidente del Comité declaró que debido a mi concurrencia se intensificaría considerablemente el interés ofrecido por el torneo. El público, evidentemente, ignoraba las circunstancias en que se había producido mi invitación; probablemente las ignoraba también el presidente del Comité. No tardé en enterarme de que el Comité se hallaba gobernado por un pequeño grupo de personas que sabían dirigir, o dejar a oscuras, a los demás miembros del mismo. Entre ese pequeño grupo se destacaba en primer término el Sr. Lederer.

Supé por algunos miembros del Comité que la correspondencia con los maestros se hallaba exclusivamente a cargo del Sr. Lederer, y que se había reservado un honorario para mí, exactamente como debía recibirlo también Capablanca. Pregunté al Sr. Lederer acerca de si se reconocía responsable o no de la forma de mi invitación, calculada evidentemente para evitar mi participación en el torneo. Lederer atribuyó la culpa al Sr. Kagan, presentándome para demostrar la veracidad de su afirmación su correspondencia oficial, pero no las copias de las cartas cambiadas con el mismo señor Kagan, las que, según decía, no obraban en su poder en aquel momento, pero que se comprometió a presentarme más tarde. De paso sea dicho que esa promesa nunca ha sido cumplida, a pesar de que aguardé su cumplimiento durante meses. Después de mi regreso a Europa, el Sr. Kagan me comunicó haber cumplido estrictamente las instrucciones recibidas, agregando que el Sr. Lederer conservaba invariablemente copias de toda la correspondencia con los maestros, que había pasado por manos del Sr. Kagan.

A pesar de todos mis esfuerzos nunca me ha sido posible obtener una explicación satisfactoria de ese incidente. El Comité, procediendo bien, debiera haber dicho francamente: "Efectivamente, queríamos que Lasker fuese invitado en esa forma"; o de lo contrario: "El Sr. Lederer no ha obrado de

acuerdo con nuestras instrucciones, y estamos dispuestos a ofrecer una reparación". En una carta dirigida al presidente del Comité exigí la solución del asunto en una de esas formas, pero el Comité contestó en términos evasivos, y al insistir yo en una segunda carta, no recibí ninguna contestación.

Por consiguiente, el Comité deja a mi criterio el pensar de todo eso lo que más me venga en gana, y creo que si bien el Sr. Lederer debe haber procedido contra las instrucciones del Comité, empleando recursos poco correctos, éste, a la postre, no ha dejado de saborear los frutos de su modo de obrar.

En el torneo no tardé de apoderarme de la dirección. No hubo allí el juego cómodo del torneo de Londres, y Capablanca se vió obligado a dar de sí todo cuanto pudo, para no perder terreno. El público esperaba con el más intenso interés nuestro segundo encuentro, en el cual le correspondía a Capablanca la primera jugada. Todos nosotros nos sentíamos presa de aquella excitación

que el maestro creador debe experimentar, en sí y alrededor de sí, para poder realizar algo grande. En efecto, el partido entre Capablanca y yo resultó sumamente apasionado. En pleno juego notaba yo que el reloj que regulaba el tiempo de nuestras jugadas, andaba mal. Ese reloj se hallaba colocado bajo la fiscalización del Sr. Lederer. Después de haber insistido yo en una investigación, se comprobó que debido a los defectos técnicos del reloj yo había perdido unos quince minutos del tiempo de que disponía para meditar, lo que significaba para mí una seria desventaja, agravada por la circunstancia de que la investigación y el examen del reloj me habían hecho perder veinte minutos del tiempo reservado para descanso. Resultó después que varios aficionados al ajedrez, que se habían dado cuenta de la falla del reloj, habían hecho llamar al Sr. Lederer, pero éste no se encontraba por ninguna parte. Cuesta creer que el Sr. Lederer no haya conocido las posibles fallas de los relojes, sometidos a su inspección, sobre todo, tratándose de un reloj destinado a servir en un partido de tanta importancia. Indiscutiblemente era su deber permanecer en el local para poder intervenir, en un caso dado, en la regulación del reloj. A causa de la excitación producida por este incidente y de la falta de tiempo para meditar, cometí, en una posición buena y perfectamente clara, un error gravísimo, perdiendo el partido; el único perdido por mí en Nueva York.

Pues bien, ese mismo Sr. Lederer acaba de ser nombrado miembro dirigente del Comité del torneo proyectado para 1927. Este solo hecho bastaría para hacer imposible mi participación en dicho torneo. Existen, sin embargo, dos circunstancias más que prueban que los organizadores del torneo desean impedir a todo trance mi concurrencia a la lucha, a pesar de los vivos deseos de tantos aficionados al ajedrez dentro y fuera de los Estados Unidos.

Para el cargo de director del torneo

fué designado el Sr. Maroczy, un maestro de ajedrez de segunda categoría, que, sin duda, se ha hecho merecedor de ello por el hecho de haberme atacado en la forma más ignominiosa en las "Neueste Nachrichten" del señor Kagan, insinuando que yo solía fumar durante el juego con el propósito deliberado de molestar a mis adversarios; hasta llegó a recomendar a los organizadores de torneos la exclusión de los maestros que perciben honorarios, dando a entender que los maestros se verían obligados a ceder para no verse olvidados por el público. Pues, bien ese mismo caballero ha sido nombrado director del torneo.



Durante el torneo de 1924, el Comité había notificado a los maestros, que al final del torneo el superávit, calculado en 2000 a 3000 dólares, sería repartido entre los maestros, con arreglo a los premios que les correspondieren. Habiéndome tocado el primer premio, me habría correspondido en consecuencia, más o menos, una tercera parte del superávit; pero he aquí que al terminar el torneo no hubo ningún sobrante. Las Actas del Congreso que debían contener toda la crónica del torneo no dicen ni una palabra sobre aquella promesa dada a los maestros, y tampoco se desprende del balance insertado en ellas, nada acerca de quiénes fueron los maestros beneficiados por el superávit. Supongo que el Comité se ha mostrado generoso con algunos de ellos, sin tener que sacrificar para ello el dinero propio, sino empleando los fondos que habían sido prometidos ya a los demás participantes en el torneo.

Para mí, la responsabilidad moral de aquel proceder del Comité de 1924 corresponde al Manhattan Chess Club, cuyo presidente lo fué también de aquel Comité; además, la idea del torneo había surgido entre los miembros del citado club. Me he dirigido al club pidiendo que, una vez disuelto el Comité de 1924, procure aclarar la cuestión, lo que hubiera sido fácil mediante el acopio de documentos, en una investigación imparcial. El club se ha negado a ello, y una vez más sus miembros dirigentes figuran en el Comité del torneo proyectado para 1927.

No se trata, empero, de mi participación en el torneo. Esta cuestión jamás hubiese logrado inducirme a dirigirme al público lector. "Res publica agitur". El Comité de 1924 ha sido excesivamente parcial en favor de Capablanca, y lo que resulta de todo ello, lo acabo de exponer en estas líneas. El Comité del proyectado torneo se me antoja una creación de Capablanca. Este escribe abiertamente cartas en nombre del Comité, como lo demuestra, entre otras, una publicación de la Empresa Editora de Kagan. El Comité ha substituído las antiguas reglas de juego por aquellas que ha adoptado Capablanca para sus matches, a pesar de que reglas nuevas, para ser válidas, deben ser aprobadas por una asamblea de los maestros. Un diario norteamericano declara que del proyectado torneo deberá salir el adversario lógico de Capablanca, un punto de vista en que se ha colocado también el mismo Capablanca. De este modo, sin embargo, sólo



*La Nación* (Buenos Aires), 1 February 1927, pp. 10–11.

With special thanks to Christian Sánchez.

Richard Forster: "Lasker Speaks Out (1926)"

<https://www.chesshistory.com/winter/extra/laskerrevelations.html>

© Richard Forster, Chesshistory.com, 2020